

© Eloy M. Cebrián, 2005

Prohibida la reproducción total o parcial sin el consentimiento expreso del propietario del copyright.

“Alejandromanía”

Entre los pescadores del Egeo existe una hermosa leyenda. Trata de una sirena que a veces sale al paso de los barcos y formula a sus tripulaciones esta pregunta: «¿Dónde está Alejandro el Grande?». La única respuesta correcta es: «Alejandro el Grande vive y reina». Cualquier otra contestación provocará la ira de la sirena y hará que ésta invoque una tempestad que hundirá el barco.

«Alejandro vive y reina». Suena a cuento de hadas, pero si lo pensamos nunca fue más cierto que ahora. El joven rey de Macedonia lleva muerto veintitrés siglos, pero ¿acaso no vive en las pantallas cinematográficas y reina en los escaparates de las librerías? Si hace unos años fue el escritor y arqueólogo Valerio Manfredi quien, con su trilogía *Alexandros*, devolvió al macedonio a la actualidad, esta vez ha sido el cineasta norteamericano Oliver Stone el encargado de recoger la antorcha. Su polémica cinta *Alexander*, denostada por los críticos y por los sectores más conservadores del público norteameri-

cano, se ha convertido, sin embargo, en un éxito en las pantallas europeas. Y con el éxito de la película las mesas de novedades de las librerías se han poblado de títulos sobre Alejandro, la mayoría de ellos reediciones de lo que ya eran libros de bolsillo. Citemos, a modo de muestra, las ya mencionadas novelas de Manfredi, el desigual *Alejandro* de Gisbert Haefs y la deslumbrante trilogía de Mary Renault (*Fuego del paraíso*, *El muchacho persa* y *Juegos funerarios*), tal vez la única de estas obras que merecía una reedición con pleno derecho. Sabemos que el *marketing* todo lo puede, pero me resisto a pensar que esta «alejandromanía» sea únicamente resultado de una campaña promocional. Más bien creo se trata de la última manifestación de un fenómeno que se gestó con la muerte de Alejandro, puede que incluso antes, y que ha seguido sucediendo, generación tras generación, desde entonces. No cabe duda de que nos encontramos ante un mito. Pero, antes de abordar el mito, procedamos a examinar los hechos.

Estamos en la primavera del año 334 a. C. Alejandro acaba de cruzar el Helesponto con un ejército de 50.000 hombres y la ambición de liberar del dominio persa a las ciudades griegas de Asia Menor. Todos dudan de la capacidad del joven rey, pero los dioses no abandonan a sus favoritos. Alejandro atraviesa el continente como un ciclón, aniquila a los tres ejércitos que el rey Darío III envía contra él, es proclamado faraón en Egipto, conquista el núcleo de los territorios persas y se pier-

de en las satrapías orientales del imperio, una tierra apenas conocida por los helenos. Alejandro y su ejército se salen literalmente del mundo conocido. A partir de ese momento las cosas no serán tan fáciles. Su famosa campaña de la India concluye en desastre, con las tropas al borde del motín, el rey gravemente herido y una penosa retirada que se cobra muchos miles de vidas. Pero, lejos de rendirse, Alejandro traza nuevos planes. Piensa enviar una flota a circunnavegar la península arábiga, y corren rumores de que planea también comandar una descomunal expedición contra Cartago y la cuenca occidental del Mediterráneo. Alejandro va a embarcarse en nuevas guerras y el mundo entero se estremece, pero unas fiebres que contrae de repente devoran su vida en cuestión de días (¿tifus? ¿malaria? ¿quizá veneno?). Estaba a punto de cumplir 33 años, y ha reinado durante doce años y ocho meses. Tras la muerte de Alejandro, sus generales se enfrentan por el control de un territorio cuya extensión es similar a la de los EE.UU. El imperio queda fragmentado en multitud de reinos que cambian de mano con rapidez, a través de uno de los períodos bélicos más prolongados y devastadores que ha conocido la humanidad.

De modo que éste era el rey, pero ¿cómo era el hombre? Las crónicas y las abundantes esculturas conservadas nos lo muestran como un joven de corta estatura, pero gran atractivo físico (el famoso detalle de sus ojos disparejos es un mito muy posterior a su muerte).

Su habilidad en la batalla debía de ser también notable, así como su valor. Luchaba siempre a la cabeza de sus tropas (*noblesse oblige*), lo que le costó una colección de heridas de diversa gravedad, fracturas y contusiones varias que nos llevan a preguntarnos cómo diantre pudo alcanzar la edad de 32 años.

Mencionaremos también, siquiera de pasada, sus inclinaciones homosexuales, especialmente su predilección por Hefestión, amigo de la infancia, general de su ejército y, casi con toda seguridad, su amante de por vida. Pero también se le conocen relaciones con mujeres, puesto que desposó de forma casi simultánea a Roxana, hija de un caudillo sogdiano y a la princesa persa Estateira, hija de Darío, ambas embarazadas a la muerte del rey. Esta ambigüedad, más bien ambivalencia, sexual no hace más que mostrárnoslo como un hijo de su sociedad y de su tiempo, de modo que no vale la pena insistir en ello.

No cabe duda de que era culto, lo que no es extraño en alguien que tuvo por maestro al mismísimo Aristóteles. Durante sus conquistas, se hizo acompañar de un séquito de eruditos encargados de redactar informes científicos de cuantos países atravesaran. También era aficionado a la poesía. Sabemos de su predilección por Píndaro, cuya casa fue el único edificio que quedó en pie tras la destrucción de Tebas. Pero su auténtica pasión era Homero, hasta el punto de que dormía siempre con una copia de la *Ilíada* junto a la cabecera de su cama. De hecho, resulta lícito pensar que Alejandro consagró su

vida a convertirse en un héroe épico. El historiador Arriano recoge las palabras con que arengó a sus tropas para exhortarlas a continuar la marcha hacia el este: *Es hermoso vivir con valor y dejar tras la muerte fama imperecedera*. Alejandro poseía sin duda un *ethos* heroico, y la prueba de ello es que siempre puso su gloria personal, su *kleos*, por encima de cualquier otra consideración. Dicen que se lamentaba de no disponer de un Homero que cantara sus hazañas. Y me temo que acertaba, que ninguno hemos sabido estar a la altura de la empresa.

Existe otra palabra griega imprescindible para describir la naturaleza de Alejandro: el *pothos*, es decir, el ansia, el anhelo contra el que no se puede luchar. Quizá fue el *pothos* lo que convirtió su vida en una búsqueda, una exploración permanente, la misteriosa fuerza que lo impulsaba a seguir siempre adelante. O quizá era ambición pura y simple. Se cuenta que el emperador Augusto se mostró una vez asombrado de que *Alejandro no considerara una empresa más grande organizar el imperio que había conquistado que el simple hecho de conquistarlo*. Pero para Alejandro la conquista era una forma de aumentar su *areté*, su virtud, puesto que un rey virtuoso era, según Aristóteles, lo único que legitimaba la monarquía como forma de gobierno. Jamás le interesó a Alejandro la gris labor del administrador, lo cual explica el caos que fue dejando a su paso, y que su muerte no hizo más que agravar.

Alejandro es generoso hasta rozar lo sublime, pero a la vez terriblemente despiadado. El mismo Alejan-

dro que trató a la familia de su enemigo derrotado como a la suya propia fue capaz de condenar a ciudades enteras (léase Tebas, Tiro o Persépolis) al fuego y la destrucción. El que perdonó a traidores con olímpica magnanimidad no vaciló en aniquilar a quienes le habían servido lealmente. Se trata tal vez del mismo talante caprichoso que caracteriza a los dioses. Y con esto se nos desvela otra de las «máscaras del héroe»: su aspiración a la divinidad. No olvidemos que Egipto lo proclamó hijo de Zeus-Amón (de ahí los cuernos de carnero con que se le representa en ocasiones) y que uno de los últimos decretos que dictó obligaba a que se le rindiera culto en las ciudades helenas, lo que fue recibido por los escépticos griegos con una mezcla de indignación e ironía (*Si Alejandro quiere ser un dios* —se cuenta que dijo Demóstenes—, *que lo sea. Que sea hijo de Zeus y, si le place, también de Poseidón*).

Y sin embargo, Alejandro llegó a alcanzar su ambición de convertirse en dios. Ocurrió cuando Tolomeo, uno de sus generales, «secuestró» el cuerpo embalsamado del rey, que viajaba camino de Macedonia, y lo instaló en un imponente templo-mausoleo que mandó construir en el ágora de Alejandría. De este modo, Tolomeo logró legitimar la dinastía que acababa de fundar en Egipto, y que se prolongaría sin interrupción hasta la conquista romana en el año 30 a. C. La tumba de Alejandro se convirtió en un gran centro de culto y peregrinación del mundo antiguo, y llegó a recibir visitas tan ilustres como las de Julio César u Octavio Augusto. De hecho, pocos

fueron los visitantes de Alejandría que no sucumbieron a la fascinación de Alejandro, el héroe, el dios. No es hasta finales del siglo IV, fecha en que Teodosio I ordena clausurar los templos paganos, cuando se pierde la pista del mausoleo de Alejandro. Y aun así, el recuerdo del héroe perduró en la memoria colectiva hasta mucho después de la conquista árabe, convertido ahora en *Dhû-l Carnain*, Alejandro Bicornes, mensajero de Alá y protector de la fe.

A pesar de todo, el rey divinizado tuvo numerosos detractores en su posteridad inmediata. Los griegos de la época helenística le reprochaban sus inclinaciones hacia la tiranía, el hecho de que acabara sus días convertido en un monarca oriental, un rey bárbaro opuesto a su concepto de civilización (y ello pese a que ningún gobernante helenístico pudo aguantar la tentación de acuñar la efigie de Alejandro en sus monedas). La civilización romana, tan influida por el pensamiento estoico, vio con malos ojos el temperamento exuberante y desenfrenado del rey, ese modo dionisiaco de concebir la vida que al parecer lo empujaba a los más aborrecibles excesos.

Como ven, múltiples y contradictorios son los puntos de vista que conservamos sobre Alejandro. Pero la leyenda más célebre y duradera en torno a su figura no parte de la historia, sino de la literatura. Más concretamente, de una mediocre novela aparecida en el siglo II d. C.: *Vida y hazañas de Alejandro de Macedonia*, un relato épico-fantástico en el que un Alejandro ficticio acomete las

hazañas más disparatadas a lo largo y ancho de una delirante geografía. Monstruos, amazonas y toda suerte de criaturas imaginarias pueblan las páginas de un libro que, a pesar de sus escasos méritos literarios, alcanzó una enorme difusión durante el bajo Imperio Romano, tanto en oriente como en occidente. Y ésta fue precisamente la imagen que la Edad Media heredó de Alejandro: la de un paladín de las causas nobles, un caballero andante que mataba dragones e impartía justicia por todo el orbe. Otra de las grandes ambiciones del rey, la de convertirse en un héroe épico, se había materializado también.

Alguien dijo que «los mitos habitan en el país de la memoria», es decir, residen en la memoria colectiva y en la imaginación de los artistas, para los que son fuente constante de inspiración. Así pues, cada época y sus autores han adornado la lejana figura del rey macedonio con sus propios valores. Modelo de gobernante y rey-filósofo para los antiguos, encarnación del perfecto paladín y caballero para los medievales, predecesor del *gentleman* para los historiadores que se interesaron por su figura a finales del siglo XIX y principios del XX, casi todos ellos británicos, y quienes vieron además en su truncado imperio un ensayo a gran escala del imperio colonial británico. Pero, ay, sobreviene la Segunda Guerra Mundial y, con la lección de Hitler bien aprendida, los historiadores contemporáneos reinterpretan a Alejandro con tintes mucho más siniestros. Nos lo muestran como un tirano pragmático y despiadado que no se de-

tiene ante nada para alcanzar sus objetivos.

¿Existía realmente un proyecto político, por rudimentario que fuera, tras las conquistas de Alejandro? Así parecen indicarlo tanto sus hechos como sus propias palabras: *Pretendo mezclar las costumbres de los griegos y de los bárbaros, atravesar todos los continentes y someterlos, alcanzar los extremos más lejanos del mar y la tierra, convertir el Océano en la frontera de Macedonia*. Ya fuera de forma deliberada o como simple efecto secundario, lo cierto es que las conquistas de Alejandro representaron una revolución histórica de enorme alcance. El viejo concepto de la *polis* griega fue reemplazado por el del estado autoritario, centralizado y supranacional que triunfaría en los siglos posteriores. Sus victorias militares obraron el efecto de extender la civilización griega por toda el Asia Menor, el Oriente Medio y Egipto, lo que cristalizó en un enorme espacio de intercambio cultural y económico habitado por millones de personas que hablaban una lengua común: el griego. Es cierto que su imperio murió con él, pero sirvió de pilar para lo que tres siglos más tarde se convertiría en el Imperio Romano de Oriente. Toda una lección para los ciudadanos de nuestra aldea global, cada día más abocada al provincianismo y la fragmentación.

«Alejandro fue muchas cosas para mucha gente», afirma un anciano rey Tolomeo (Anthony Hopkins) en la película de Oliver Stone. Aún hoy en día somos incapaces de ponernos de acuerdo sobre su auténtica naturaleza. ¿Héroe o villano? ¿Idealista o tirano sin escrúpulos?

¿Ángel o demonio? Resulta imposible ser ecuánime al hablar de Alejandro. Su misma grandeza, el halo legendario que envuelve su figura, nos ocultan al hombre que hubo tras la leyenda. Tal vez porque no existe un solo Alejandro, sino tantos como historiadores o escritores se han interesado por su persona. Es más, sospecho que cada época ha tenido su Alejandro particular, al que ha revestido con sus propias fobias y creencias. Es posible que en nuestro tiempo no asistamos más que al último acto de este drama de mitos sucesivos, o más bien de un único mito bajo distintas apariencias. El cine y la novela histórica contemporánea nos presentan a un Alejandro que encarna y sublima los valores de la juventud: belleza, ambición, arrojo, aventura... meros objetos de consumo en nuestros días. De ahí su éxito comercial. Pero, más allá del tópico, para el hombre moderno, desarraigado y hambriento de mitos, la vida y la personalidad de este joven rey macedonio nos ofrecen una reflexión de plena actualidad: la grandeza y sus paradojas, la corrupción que comporta el poder y la pregunta, nunca más candente que hoy en día, de si la violencia es un modo legítimo de alcanzar un objetivo, por noble que éste sea.